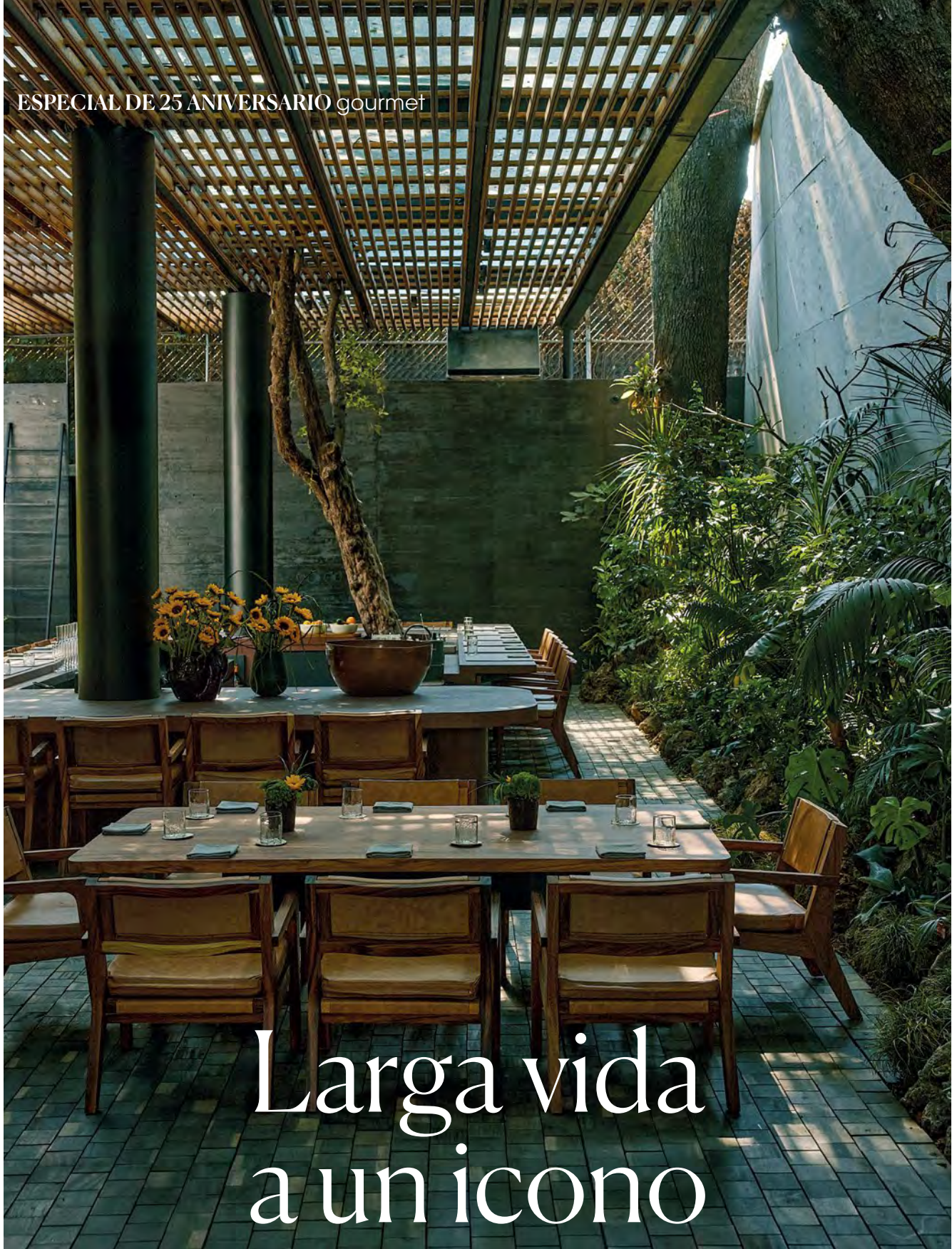


ESPECIAL DE 25 ANIVERSARIO gourmet



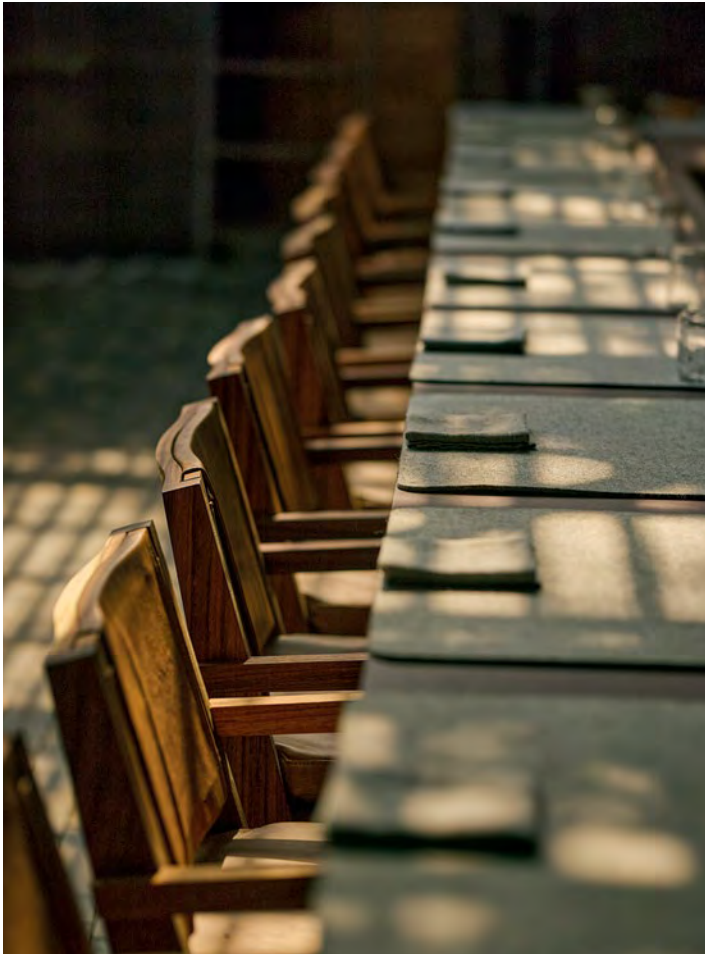
Larga vida a un icono

Así como *AD*, Pujol cumple 25 años y se renueva con un diálogo entre cocina, experiencia y arquitectura.

ARQUITECTURA **JSA** • PAISAJISMO **HUGO SÁNCHEZ Y DEALER DE PLANTAS**
PALABRAS **MARCELA ORTIZ-RUBIO** • FOTOGRAFÍA **PEPE MOLINA**

Durante un cuarto de siglo, el restaurante Pujol, del chef Enrique Olvera, ha sido un referente en la escena gastronómica. No solo por su propuesta culinaria, sino por una forma particular de concebir la cocina como un sistema de valores que honra el tiempo, la memoria, el origen y la precisión. Bajo su dirección, cada platillo articula una narrativa, y su arquitectura debe hablar ese mismo lenguaje.

Cuando el restaurante cambió de sede en 2017, el encargo arquitectónico recayó en JSa, el despacho fundado por Javier Sánchez, en colaboración con sus socios Aisha Ballesteros y Benedikt Fahlbusch. Aquella primera intervención consolidó una complicidad profunda entre cocina y espacio, por lo que ahora, con motivo del 25 aniversario, resultaba natural que el mismo equipo asumiera su renovación.



Enrique Olvera es un referente en la cocina mexicana de autor.



Sin embargo, el cambio no fue un gesto puntual. Como todo restaurante, Pujol ha madurado con el tiempo, revelando aspectos que merecían ser repensados. Se hablaba de ajustes, de detalles por afinar, hasta que fue el propio Olvera quien propuso una transformación más ambiciosa, en sintonía con el espíritu del aniversario.

“Un arquitecto ve espacios y habla del lugar; yo veo momentos”, comentó Olvera a *Architectural Digest*. “El instante de la llegada al restaurante y el camino a la mesa se me hacían muy transaccionales, así como la división de los espacios, y eso era lo que quería transformar”.

La idea central fue clara: lograr que Pujol se sintiera como estar en una casa. A partir de esta premisa, el rediseño arquitectónico se enfocó en privilegiar la experiencia de habitar y recorrer, más allá de simplemente llegar y sentarse a comer. El ingreso fue replanteado como un pabellón de bienvenida, con una barra de piedra volcánica, el murmullo del agua de una fuente lateral, y materiales profundamente mexicanos, como celosías traslúcidas y maderas cálidas. El paisajismo, a cargo de Hugo Sánchez y Dealer de Plantas, incorporó especies nativas del Valle de México: agaves, cactáceas y nopales.

Tras ese umbral, el espacio se abre hacia la terraza, reconfigurada con la intención de diluir los límites entre interior y



La idea central fue clara: lograr que Pujol se sintiera como estar en una casa.



exterior. El patio, revestido con piso de madera y amueblado con las mismas piezas del comedor, se percibe como una extensión natural de la parte interna. Al fondo, una nueva barra de concreto pigmentado con tezontle refuerza la continuidad del recorrido. Un gran ventanal conecta este espacio con el vestíbulo principal, donde un piano establece un vínculo visual y sonoro entre ambas áreas. “Queríamos empatar el lenguaje de afuera con el de adentro”, explicó Olvera. “Que la gente viva una misma calidad espacial, sin importar dónde esté”.

En el interior, detrás del piano, una pieza textil monumental cobra protagonismo. Bordada por 18 mujeres de Aguacate-nango, Chiapas, bajo la coordinación del equipo creativo de Yakampot, la obra tomó más de dos mil horas de trabajo colectivo. Las artesanas, con plena libertad creativa, interpreta-

ron los volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl, así como flora del paisaje mexicano —nopales, calabazas, frijoles y maíz— elementos que, a petición de Olvera, continúan en el espacio físico con plantas reales bajo un tragaluz.

Al igual que en la cocina del revolucionario Enrique Olvera, la selección de materiales evita lo folclórico sin renunciar a lo esencialmente mexicano. La renovación se nutre de manos artesanas: maderas trabajadas con técnicas tradicionales, piedras volcánicas y textiles bordados a mano. La paleta cromática también nace del entorno: tezontle, terracota, mostaza y tonos terrosos que forman parte del paisaje cotidiano del país. “No fue necesario definir una paleta como tal”, comentaron los arquitectos de JSa. “Bastó con observar nuestro entorno y abrazar los colores que nos rodean”. **AD**

